

Con un cigarrillo y una sonrisa desafiante

Mariah Kennell

“¿Y a dónde se fue mi servilleta?” pregunta la vieja y excéntrica Bonnie Cooper en una voz que refleja los años que ella ha pasado fumando, desordenadamente buscando su servilleta que tiene agarrada en su mano arrugada.

“Abuela, la tiene en su mano...”

Tirando sus brazos tatuados al aire, se ríe a carcajadas tan fuertes que salen lágrimas de sus ojos pintados azules y me enseña sus dientes manchados, amarillos de tanta nicotina. Su risa, más contagiosa que la gripe, me agarra y las dos pasamos riéndonos por unos minutos hasta que no podemos respirar. Por fin, nos componemos bastante para regresar a la comida tan elegante que ella había preparado: un almuerzo especial para las dos, abuela y nieta. Teniendo mucho cuidado con la vajilla delicada, la mejor porcelana que mi abuela tiene, yo disfruto la comida tan rica y el olor de patchouli que siempre rodeaba a esa mujer tan única. Sabiendo que había poca probabilidad de que pasáramos otro día así, estoy decidida a divertirme mucho.

Por ser una mujer muy rebelde y terca, Bonnie Cooper se dedicó a romper todas las reglas de la vida, algo que logró hasta el día de su último respiro. Vivió su vida con un cigarrillo en una mano y una taza de guaro en la otra. Ella dio vida a cuatro hijas y dos hijos; la segunda fue mi mamá. Les enseñó a todos sus hijos a fumar, tomar guaro y drogas y esquivar cada regla de la vida, y la mayoría del tiempo se lo pasó peleando con ellos.

Aquel almuerzo sería la última vez que vería a mi abuela, y no volvería a escuchar su voz tan quebrada por nueve años más. Un día, después de haber sido adoptada por otra familia muy cariñosa y de haber perdido contacto con casi toda mi familia, yo leía los papeles oficiales sobre mi familia biológica por centésima vez, y encontré algo que nunca había visto.

Mientras yo leía como si tuviera que memorizar la información, buscaba alguna pista sobre mi familia, algo que me ayudaría a encontrar un primo o mi hermanastro. Al encontrar el nombre “Bonnie Cooper” y un número al lado escrito en la esquina de un papel, mi corazón empezó a latir más fuerte y mis manos temblaron de los nervios.

¿Será posible? ¿Será mi abuela?

Después de unos minutos batallando conmigo misma, marqué el número y esperé ansiosamente el repicado del teléfono, mi mente un huracán de maneras de presentarme. Y de repente sonó una voz, avisándome que para contactar a la persona deseada, necesitaba marcar “1” primero. Abruptamente se me salió todo el aire que se me había olvidado exhalar, y mi coraje empezó a perder la contienda contra los nervios.

Rápidamente marqué el 1 primero y después los números, corriendo contra el tiempo para no perder la valentía. Esta vez no tuve que esperar mucho que repicara el teléfono, ni que alguien lo contestara.

“¿Alo?” sonó la voz quebrada de mi niñez, abusada por todos los cigarrillos y la edad.

“¿Abuela?”

Un mes después de ésta conversación, recibí un paquete lleno de fotos de mi niñez, y al abrirlo el olor de patchouli me hizo sentir como que me hubiera remontado en el tiempo, y de nuevo estaba viendo a mi abuela buscar su servilleta. Unos cortos años después se le acabó la suerte, y su cuerpo ya no pudo aguantar el veneno de los cigarrillos más. Hasta el

último palpar de su corazón, Bonnie Cooper luchó contra las reglas de la vida. A pesar de tanto mal que nos había hecho, era mi abuela. Con sus uñas que parecían garras, la cara avejentada, maquillada, arrugada por tanta risa y su cuerpo cubierto de tatuajes, siempre será mi abuela. Siempre será la que me enseñó a reír de mis errores y no preocuparme por lo que dirá la gente. Con mucha finura vivió su vida, y con mucha finura la terminó.